

Pablo Adrián Cavallero (2021): *La lengua griega en Bizancio*, CSIC, Madrid, 392 pp.

El libro que ahora presentamos, de Pablo Adrián Cavallero, profesor de la Universidad de Buenos Aires, especialista en ecdótica y lengua griega bizantina, nos da una buena visión de conjunto de las características de la lengua griega durante el periodo bizantino. La importancia de este manual radica en que viene a cubrir una laguna en el ámbito académico español de estudios sobre la lengua griega bizantina. Desde el punto de vista estructural el libro se compone de ocho capítulos y tres apéndices.

En el primer capítulo, titulado como «El problema de la ortografía» (pp. 23-30), se presenta la problemática del uso de los acentos o espíritus, dado que no se utilizaban de forma sistemática, aunque en el s. VIII ya se empieza a generalizar en los manuscritos bizantinos. En las copias manuscritas también aparecen guiones para señalar que una palabra continúa en la siguiente línea, siendo esta práctica más común a partir del s. XI. En este capítulo se ilustra en una tabla cómo se modificó el sistema acentual del griego clásico en el mundo bizantino (por ejemplo, aparece la ρ- inicial de palabra sin espíritu áspero en la tradición manuscrita). El autor, igualmente, nos advierte de los errores que se producían en las copias, pues se perdía la sensación aspirada de los acentos, de modo que en algunos casos estos errores se deban al no reconocimiento de los espíritus por parte del copista.

En el segundo capítulo, «Del griego clásico al bizantino. Los dialectos y los primeros cambios de la *koiné*» (pp. 31-49), el autor expone el concepto de griego *koiné* y la evolución de la lengua griega de forma diacrónica. También se advierte que la lengua griega del momento difiere en función de si es oral o escrita, si pertenece a la literatura, a la administración o la lengua diplomática. Por ejemplo, tenemos en la fonética que se pierde la contracción vocálica, los verbos en -μι se regularizan o el subjuntivo y el optativo pierden terreno y funcionalidad en la lengua común.

El siguiente capítulo, el tercero, titulado «Griego bizantino» (pp. 51-65), está dedicado a exponer de forma resumida los rasgos fonéticos (algunos autores escriben ciertas palabras con consonantes geminadas, como en el caso de *ποττέ* en vez de *ποτέ* o síncope de ciertas vocales, como en **λ(υ)εῖ*); morfológicos (el genitivo plural es reemplazado por el acusativo plural o el genitivo en *-εως* aparece en textos arcaizantes); sintácticos (uso de las preposiciones para marcar la función de los sintagmas); y léxicos del griego bizantino (se adoptan numerosos préstamos, como latinismos: *Αντωνίος*). Todas estas cuestiones, vistas de forma sumaria en este capítulo, se estudian con más profundidad en los siguientes.

En el cuarto capítulo, con el título de «Fonética» (pp. 67-76), se encarga el autor de las numerosas peculiaridades de la fonética del griego bizantino, entre las cuales se pueden contar las siguientes: el iotacismo vocálico, a saber, la generalización del sonido /i/ en las grafías *η*, *οι*, *ει* e *υ* (por ejemplo, *σχολίον* por la forma correcta *σχολεῖον*); el fenómeno de la aféresis de diferentes vocablos, como en *ἐπειδάν*, que puede aparecer únicamente con *δάν*; y la asimilación de la *-v* final con la consonante siguiente, especialmente si es nasal o líquida, como en el caso de *τὸν λόγον* en vez del predecible *τὸν λόγον*.

El capítulo quinto, «Morfología» (pp. 77-192), es uno de los más extensos del libro junto al referido a la sintaxis y al léxico. El estudio de la morfología del griego bizantino se subdivide en la verbal, nominal y en las palabras indeclinables o invariables. En cuanto al primero, destaca que el aumento temporal se omite con frecuencia, así como las reduplicaciones de perfecto; el optativo está en plena decadencia; se intenta regularizar los verbos atemáticos en *-μι*; se reducen los verbos contractos; y el verbo *ἔχω* se utiliza como parte de una perífrasis, entre otros. La morfología nominal sufre de heteróclisis y metaplasmo, es decir, una palabra puede declinarse en dos declinaciones distintas y una palabra se cambia a una única declinación; el número dual se debilita aún más y surgen nuevos sufijos para crear derivados nuevos, como son *-αινα* y *-ισσα*. Respecto al último bloque de cambios morfológicos, destaca la creación de nuevos adverbios, como *τόρα*, de la crisis de la expresión *τῆ ὥρα*. En este capítulo los ejemplos abundan, otorgando al capítulo un marcado matiz didáctico.

En el sexto capítulo, titulado «Sintaxis» (pp. 193-240), se analiza los cambios producidos a nivel sintáctico del griego bizantino. Se destaca diferentes cambios, como la sustitución del dativo y su función de complemento indirecto por el acusativo, genitivo o el giro de la preposición *εἰς* + acusativo. Luego, se va formalizando la estructura oracional de sujeto-verbo-complementos. El complemento agente, conocido en griego clásico por su formación a partir de *ὑπό* + genitivo, se expresa con *παρά* + genitivo, que ya aparecía en un caso esporádico, como en Jenofonte. Por otro lado, las preposiciones adquieren nuevos valores, como la preposición *διά* con genitivo con valor temporal y la preposición *μετά* con acusativo con valor de compañía. Aparecen partículas para marcar las características de la acción verbal,

como la partícula *vá* que, con imperfecto, indica irrealidad de pasado y con subjuntivo señala una exhortación; o la partícula *ᾗς*, que indica exhortación con subjuntivo o indicativo. Por otro lado, la partícula *ᾗν* está en decadencia y a veces no es necesaria en la oración. Por último, el sujeto del infinitivo comienza a aparecer en nominativo y no en el usual acusativo.

En el séptimo capítulo, de título «Léxico» (pp. 241-337), se resume la cuestión del léxico griego dividido en diferentes puntos, como puede ser una agrupación de palabras en función de la semántica, los cambios de acepciones de algunas palabras por su relación con la religión (*ἀγάπη* en su origen significaba «amor», pero evoluciona también a «limosna»), los influjos de lenguas extranjeras (en el caso del latín tenemos la palabra *abacus*, en griego ἄβαξ, del árabe aparece *κουράν*, palabra para referirse a la palabra «Corán» o del turco *δόγια*, «funeral») y una cronología de neologismos desde el s. iv hasta el s. xv con su significado y fuente. La extensión del capítulo se debe a que el autor añade una copiosa lista de palabras, del modo que podía entenderse dicho capítulo como un pequeño léxico independiente.

En el octavo y último capítulo, se recoge la bibliografía utilizada, pero también material complementario, como diccionarios, gramáticas y léxicos (pp. 339-359). Se ha de comentar que es una bibliografía actualizada y abundante, además de mostrar diferentes materiales para completar en el futuro el estudio de la lengua bizantina.

A continuación, tenemos tres apéndices: el primero se titula «Rasgos aticistas frente a rasgos bizantinos» (p. 361); el segundo, «Cronología posible de los cambios lingüísticos» (p. 363); y el tercero, «Paralelos entre el griego bizantino y el latín medieval» (p. 365). En estos apéndices encontramos en cada uno de ellos una tabla para exponer, de forma esquemática y resumida, los cambios lingüísticos del griego en las dos primeras y una comparativa lingüística con el latín medieval en la tercera. Destaca el segundo apéndice por intentar reconstruir la evolución de la lengua griega de forma cronológica, como la desaparición del dativo en el sistema casual griego, según el autor, a partir del s. x. Dichos apéndices tienen un cariz didáctico y formato resumen de aquello que se ha visto anteriormente.

A modo de conclusión, el libro reseñado de Adrián Cavallero aporta una visión de conjunto de la evolución de la lengua griega en Bizancio. Contiene un cariz didáctico gracias a las explicaciones claras y rigurosas, así como la gran cantidad de ejemplos que utiliza el autor. Sin duda, es un manual idóneo para todo aquel especialista en ecdótica bizantina y mejorar su conocimiento en la evolución de la lengua griega.

Víctor Manuel López Trujillo